

Los rurales
salen rumbo
a Tampico.

”Y si Adelita se fuera con otro...”

Por MARTA PORTAL

Es curioso que en sesenta años de novela mexicana haya una presencia constante como cauce, como entorno, como vehículo, como evasión, como esperanza, como agente catalizador de una sociedad en evolución: **el tren**.

El biográficamente primero de los novelistas de la revolución, Azuela, tiene una novela, **Las moscas**, que se desarrolla enteramente en el espacio cuadrado de los vagones de ferrocarril y en el tiempo sucesivo de las estaciones del trayecto. De la última hornada de novelistas, Fernando del Paso nos cuenta en su extraordinaria novela la vida de **José Trigo** y, a la par, la de los trenes que salían y llegaban a la estación de Nonoalco-Tlatelolco. Y si es Jorge Ibarguengoitia, en la «novela reverso» de la revolución, **Los relámpagos de agosto** (Premio Casa de las Américas, 1964), inicia la aventura de su héroe-histrión en un tren mexicano, en el que se vive, se come, se conspira, se galantea, se muere y se mata.

La centralización de la dictadura porfirista, las dificultades económicas y la inercia del carácter mestizo mexicano habían mantenido a los distintos Estados de la Federación en un cómodo —para el poder— aislamiento. El movimiento político y militar de la revolución despertó a las gentes mexicanas en los más apartados lugares del país. En todas las regiones surgieron idealistas, líderes y caudillos porque había una actitud común, aunque incommunicada, en el pueblo oprimido: el descontento.

EL TREN, EN LA NOVELISTICA SOBRE LA REVOLUCION MEXICANA

Llevo varios años ocupándome de estudiar el proceso histórico y político de la revolución mexicana y su importante trascendencia literaria, y en más de una ocasión, en mis lecturas, he tenido la impresión de estar leyendo en movimiento (actitud que Jean-Paul Sartre preconiza para el crítico); pero en mi caso, la impresión de movimiento no ha sido disposición mental, sino sensación física de notarme zarandeada, traída y llevada por la geografía mexicana, en alguno de aquellos trenes «polvorientos, estrafalarios, muy de revolución mexicana...».

La revolución fue una explosión de esta realidad y el tren mexicano el vehículo que había de servir para comunicarla. El tren fue el medio de trasvase de gentes, de ideas, de costumbres. De Norte a Sur, el pueblo salió del aislamiento y del letargo anónimo porfirista para tomar el tren revolucionario que lo inicia en la actividad comunitaria y que había de llevarlo a estaciones sucesivas.

Es en la revolución, y tantas veces en el vagón ferroviario, donde el mexicano encontró al otro mexicano y conoció su descontento gemelo. Supo el hombre mexicano que no existía solo, y empezó a preguntarse para qué existía con el hermano.

En el simbolismo revolucionario popular, hoy, nada hay tan revolucionario como un tren revolucionario. Asomados a sus ventanillas, «la Valentina» y «la Adelita», los prietos soldados con la cruz de cartucheras colgando de sus hombros y esa atmósfera de expectativa, de partida inminente, de riesgo cercano, de estación de destino que puede ser la emboscada o la muerte...

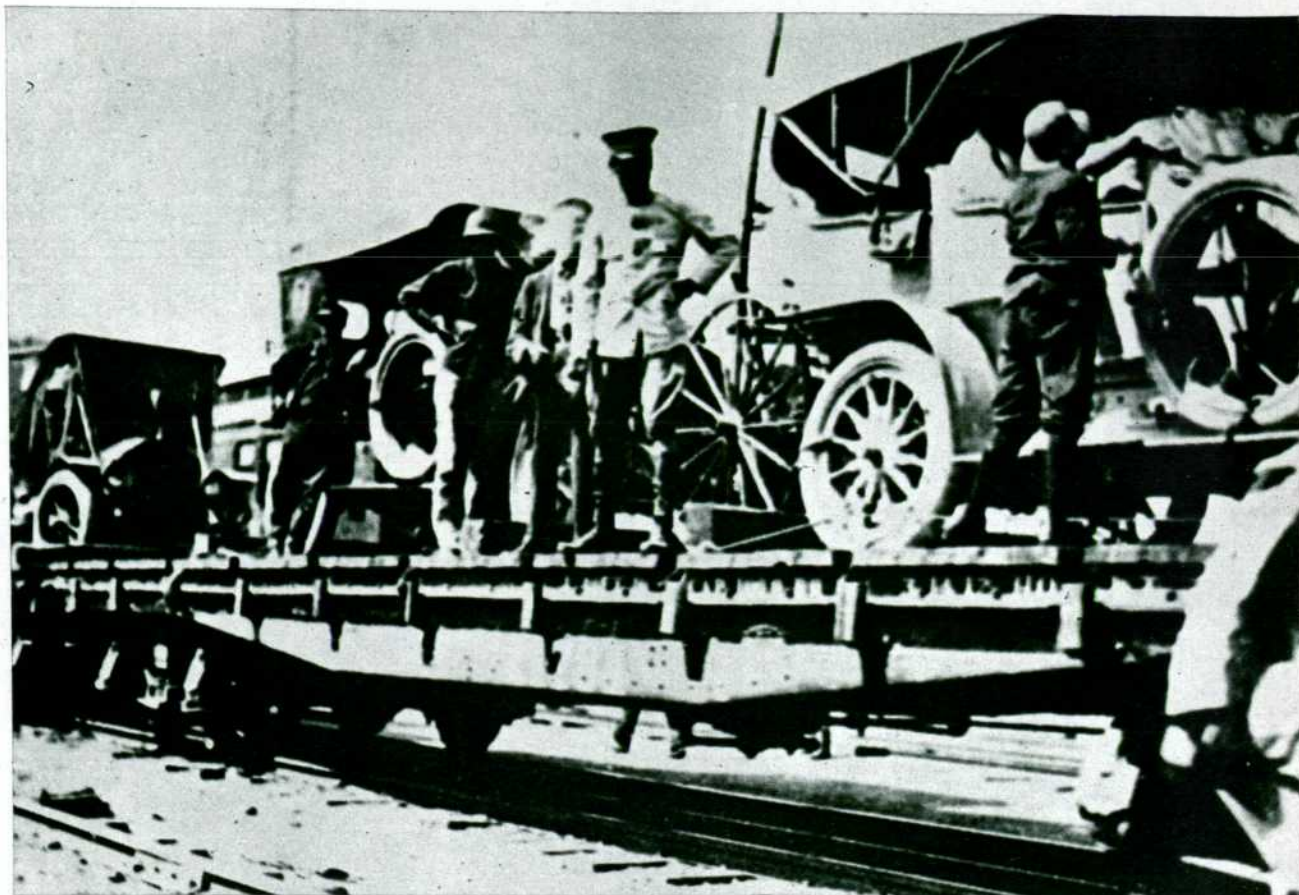
«Carranza y Obregón viajan aún en aquellos trenes revolucionarios —dice Octavio Paz—, alborotando los gallineros femeninos y arrancando a los jóvenes de la casa paterna. Todos los siguen, ¿a dónde? Nadie lo sabe: Es la revolución, la palabra mágica, la palabra que va a cambiarlo todo y que nos va a dar una alegría inmensa y una muerte rápida» (1).

* * *

El pueblo mexicano toma el tren porque huye de un peligro insoslayable, o va en busca de un ideal de libertad, o de un mejoramiento económico; se aleja de las represalias vecinales o busca satisfacer lejos venganzas oscuras. Es un tiempo dinámico en que las escenas cambian repentinas, los personajes entablan diálogos improvisados, las comparsas se desangran efectivamente y el repertorio político se muda con facilidad.

Casi todo acontece en el tren, casi todo acontece sobre los raíles paralelos que atraviesan la tierra mexicana, casi todo culmina en «la región

(1) Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*, México, F. C. E., 1970, página 133.



Autos y toda clase de elementos son transportados en los trenes federales.



Estado en que quedó un tren militar de los federales al ser atacado y volado por los zapatistas.

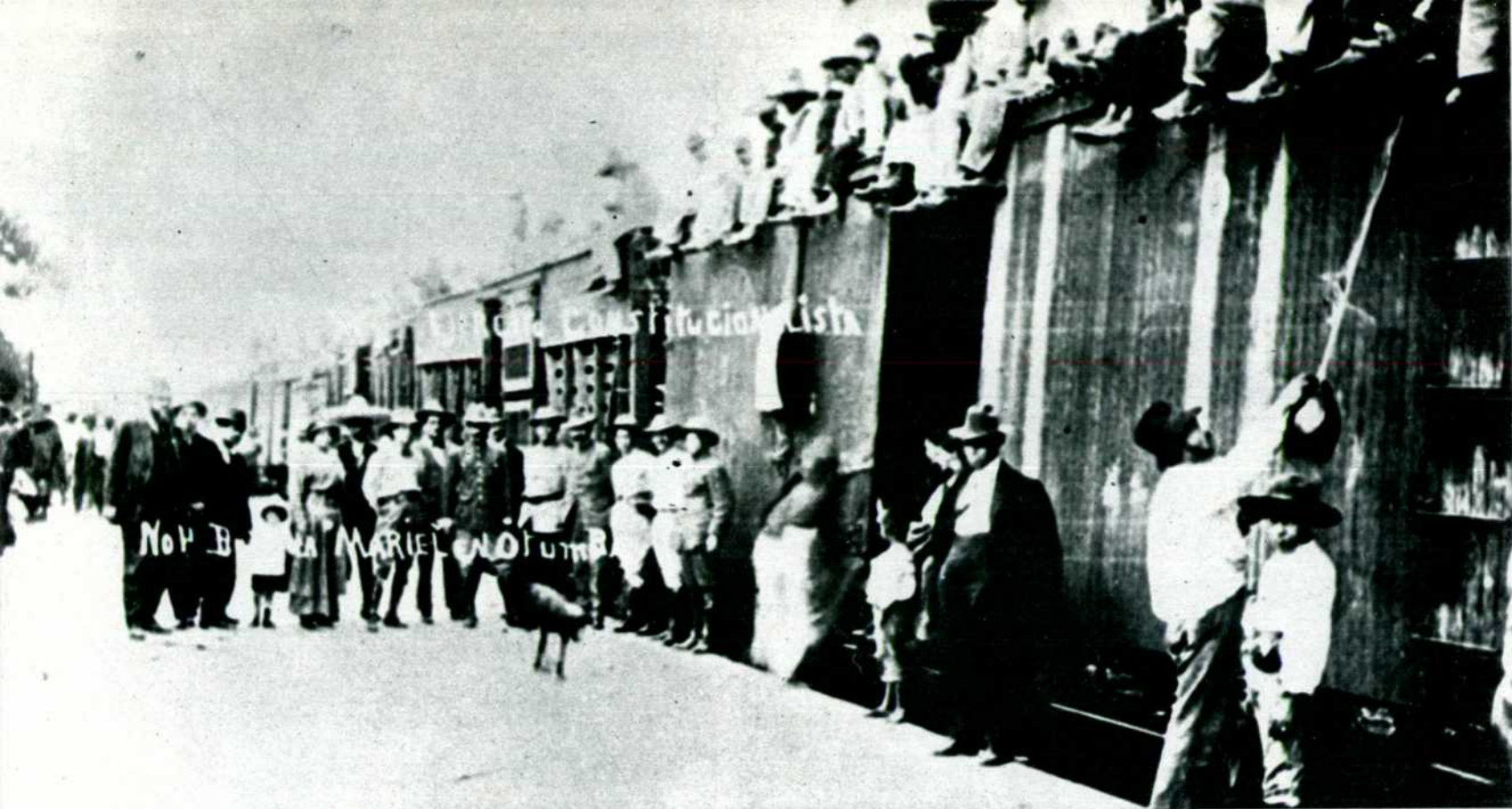
más transparente del aire». Trenes militares, trenes hospitales, cuarteles generales rodados o estados mayores en las estaciones capitalinas. Pueblo y Ejército que se descubren mutuamente sobre las ruedas de ferrocarril:

«Va a partir otro tren. La muchedumbre va amontonada dentro de los furgones como en las azoteas; entre los trucs y los tambores se han improvisado hamacas con raíces correosas sostenidas en los mismos varillajes de acero, y allí saltan como pescados mu- jeres panzudas, niños en cue-

ros, soldados de blancas conjuntivas y rostros renegridos. Caras marchitas se aglomeran a las puertas. Lentamente desfilan carro tras carro al ponerse el tren en movimiento. Pasa un altarcillo adornado con rosas silvestres y estampas de la Virgen; fuera de una ventanilla pende la jaula de un tordo; en otra asoma un fondo de cántaro a guisa de maceta. Hacinamiento de cabezas hirsutas, jorongos pardos, ropas enmugrecidas, brillo de marrazos enhiestos, resplandor de los latones de las bandas. Más de prisa ya pasa una

jaula repleta de caballos. Dilatan sus narices y resoplan, asoman por los travesaños sus ojos negros y curiosos de la multitud que se rebulle abajo. Cada vez más rápido se desgrana el rosario interminable de furgones, se aleja y se pierde al fin dejando en la retina la impresión de las techumbres coronadas de cabezas movilizadas, los fusiles resplandecientes, las mantas y los jorongos hinchados por el viento» (2).

(2) Mariano Azuela, *Las moscas*, LA NOVELA DE LA REVOLUCION MEXICANA, tomo I, México, Aguilar, 1969. págs. 195-6.



Las techumbres de los trenes revolucionarios parecían pobladas azoteas.

En los trenes se convive días enteros. Se habla de política antes de llegar al destino —y ese destino puede ser un paredón de fusilamiento o una emboscada madrugadora—; en cada estación, las noticias de la revolución van cambiando, van haciéndose y deshaciéndose. Las **gentes decentes** que también ha puesto en movimiento la revolución escuchan con atención las incidencias de los distintos frentes de guerra. Hay quien ha tomado el tren siendo apasionado maderista y llega a su destino decidido huertista después de una voluble y esporádica escapada al reyismo.

Y mientras, el correr continuo y fugaz del ferrocarril va poniendo en contacto la pupila y el espíritu con la polvorienta llanura o el tupido mezquital, y, a una vuelta cerrada de locomotora, la sierra descolgada, cubierta de arboleda rumorosa, se aparece con una perspectiva desconocida. El mexicano tenía de su país una visión parcial, anecdótica, superficial e inmadura; en el ir y venir de los trenes revolucionarios, en el trasiego de paisajes y vidas, aquella visión escasa de su patria se hizo una visión nacional completa. El tren dio a luz a la patria, el mexicano poseyó su suelo, se sintió dueño en su propia casa.

En los trenes se proponían amnistías o se dictaban sentencias de muerte. En Tacuba, en vísperas de que el Gobierno de la Convención hiciera su entrada oficial en la ciudad de México, sobre las vías férreas, fueron alineándose, en series paralelas, los trenes de Villa, los trenes de Eulalio Gutiérrez (Presidente provisional), los trenes de José Isabel Robles, los de Eugenio Aguirre Benavides... Los coches se convierten en cuarteles generales y en oficinas desde los cuales los jefes de las distintas facciones despachan sus órdenes y aceleran sus trámites.

En plena lucha, capturar un tren de federales, hacer saltar la vía por encima de un puente, lanzar una locomotora con cuarenta cajas de dinamita, a toda marcha, por una pendiente que termina en un punto neurálgico enemigo... ofrecer entregar «85 locomotoras y doscientos carros» como dote negociadora puede cambiar el curso del destino nacional.

Y a veces es el tren mismo «el mero mero» protagonista:

Está en tablas un combate entre oroquistas y tropas del Gobierno. Llevan los rebeldes tres días de asalto a la posición de los federales. El cansancio va ganando en las filas contendientes mientras suenan

intermitentes los desganados disparos. Cerca del campo oroquista están los restos de una estación de ferrocarril. El último intento de asalto a la posición enemiga ha costado treinta hombres a los rebeldes; el coronel oroquista está dispuesto a retirarse: «Están muy duros estos **pelones**, piensa. Pasa una hora y otra más; nadie se mueve, nadie se atreve a decir lo que todos piensan, hasta que se escucha «un grito largo que parece venir de muy lejos, algo como un mugido, pero menos animal, más mecánico, menos modulado, más uniforme. El mugido se va acercando —del lado oroquista—, se metalizaba cada vez más: era una locomotora que venía rodando sobre la vía» (3).

Este mugido, interpretado por los federales como la llegada de refuerzos, los mueve a capitular y a entregarse a los oroquistas cuando precisamente éstos estaban a punto de retirarse. A la locomotora recién llegada se suman ocho carros vacíos, en el último de los cuales, sobre las tablas laterales, está escrita en yeso una orden inapelable: «Regresen en este tren con los

(3) Rafael F. Muñoz, *Se llevaron el cañón para Bachimba*, LA NOVELA DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA, tomo II, México, Aguilar, 1969.

federales que hayan quedado vivos». Los oroquistas desarmaron a los federales rendidos y los fueron escoltando hasta el tren. El narrador del suceso confiesa que no quedaron los oroquistas, vencedores sorprendidos, satisfechos, no eran ellos quienes habían decidido la lucha, «sino unos silbidos de vapor, una locomotora que llegó, un tren vacío».

El tren, vehículo de comunicación, ha sido el temprano medio audiovisual de comunicación de masas donde la contemplación triunfalista de una patria ilímite se conjugaba con la penetración psicológica de «**esa cambiante idéntica criatura plural que cada uno es, todos somos**».

Tren revolucionario, fugitivo o acometedor, tabla de salvación, hogar interino, cuartel itinerante, ágora y Senado, ¡todavía despiertas en la fantasía popular resonancias turbulentas con el tropel de hierros, ejes y bielass...!

«Y si Adelita se fuera con
[otro,
le seguiría la huella sin
[cesar;
si por mar, en un buque de
[guerra;
si por tierra, en un tren mi-
[litar».

■ Fotos de RICARDO TRONCOSO, reproducidas de «Historia gráfica de la revolución mexicana», de GUSTAVO CASSASOLA. Editorial F. Trillas. México.